

2009

Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum

Edición y Revisión por la Comisión
Editorial de Estudios Medievales

Núm. 02, Santiago

<http://www.orbisterrarum.cl>



El piadoso sentido de lo cotidiano. La espiritualidad del día a día en el mundo bizantino.

*Por Leandro Lillo Aguilera**

RESUMEN:

Desde el nacimiento hasta su muerte, la vida del habitante del Imperio Bizantino estuvo siempre informada por un profundo sentimiento espiritual, el que si bien la mayor parte del tiempo se relacionó con la práctica de la religión oficial (el Cristianismo), en otras tantas oportunidades estuvo ligado preferentemente a antiguas tradiciones (principalmente de cuño griego y latino) que la Iglesia había sido incapaz (a pesar de su tenacidad en aquello) de proscribir de forma definitiva. De esta manera, hasta los más simples rincones del día a día de los bizantinos constituyeron ejercicios que podían contener prácticas espirituales; las que, mezclándose el mundo cotidiano, no dejaron de ejercer una importante influencia en una sociedad que les otorgaba un lugar de privilegio en su cosmovisión.

* Leandro Lillo Aguilera es Licenciado en Historia de la Universidad de Chile. Contacto: leandrolillo@gmail.com

**EL PIADOSO SENTIDO DE LO COTIDIANO. LA
ESPIRITUALIDAD DEL DÍA A DÍA EN EL MUNDO
BIZANTINO.**

Por Leandro Lillo Aguilera

INTRODUCCIÓN

Es posible aseverar que casi todos los aspectos de la vida en el Imperio Bizantino estuvieron marcados por prácticas de tipo espiritual, o bien, por manifestaciones que en sí mismas entrañaron algún tipo de ejercicio que, de una u otra forma, evocaban a éstas. Aquel Imperio que, antes que todo, había sido erigido como ‘cristiano y romano’, sería un celoso guardián de la herencia de sus fundadores y, hasta el final de sus días (el martes 29 de mayo del año 1453), se mantendría como un orgulloso ‘imperio’ cristiano, aunque a esas alturas era más lo segundo que lo primero (debido a la considerable pérdida de posesiones territoriales y, en parte a consecuencia de aquello, de influencia que padeció hacia el final de sus días). Quizá sea por esto que – como señala Franz George Maier – uno de los aspectos en los cuales Bizancio influyó de manera más duradera en la sociedad europea de la alta y baja Edad Media, fue precisamente en el que guarda relación con el ‘mundo espiritual’¹.

Desde el nacimiento de un niño hasta la muerte de un anciano – pasando por otras tantas situaciones ‘cotidianas’ – el día a día de los hombres y mujeres del Imperio Bizantino estuvo ‘informado’ por un profundo sentimiento espiritual, o en otras palabras, por una gran ‘fe’. Esto mismo debió llevar a que las más importantes polémicas dogmáticas acontecidas en el devenir imperial de Bizancio, trascendieran allende las altas cúpulas político-religiosas del Imperio, y que contaran con la activa participación de una significativa parte de la sociedad bizantina².

En el transcurso de las siguientes páginas expondremos cómo hasta los más simples rincones de la vida bizantina contuvieron ‘ejercicios’ que, de forma explícita o implícita, podían estar informados de prácticas ligadas a la espiritualidad. Intentaremos también, en la medida en que las fuentes nos lo hagan posible, establecer los matices existentes entre las distintas capas sociales, y las diferencias entre el campo y la ciudad.

Sin embargo, es preciso hacer una advertencia, o más bien, una aclaración. A menudo tendemos a asociar conceptos tales como ‘religiosidad’ o ‘espiritualidad’ indisolublemente ligados al ejercicio de una determinada religión, generalmente, al Cristianismo. Sin embargo, por medio del presente trabajo será posible apreciar cómo acaeció también la supervivencia de prácticas que no eran propiamente cristianas (algunas de ellas con un origen que se remontaba mucho más allá del nacimiento de Jesús Cristo), varias de las cuales fueron finalmente ‘aceptadas’ (o quizá simplemente ‘toleradas’) por las altas jerarquías del poder político y espiritual.

¹ Franz George Maier (compilador), *Bizancio*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974, pág. 12.

² *Ibid.*, pág. 24.

EL PIADOSO SENTIDO DE LO COTIDIANO. LA ESPIRITUALIDAD DEL DÍA A DÍA EN EL MUNDO BIZANTINO.

En el mismo acto del alumbramiento (del cual se puede afirmar, con propiedad, que era el más importante de los sucesos de la vida familiar de los habitantes del Imperio³), el niño bizantino era acercado – no el contexto de un estado de consciencia plena – a prácticas espirituales; aunque debe decirse, de una manera más precisa, que en este caso aquéllas correspondían específicamente a fórmulas ‘mágicas’. Éstas no se encontraban en absoluto ligadas al Cristianismo, y su origen (pagano, griego, africano, etc.) era muchísimo más antiguo que aquél. En el parto de un bebé intervenían una serie de tradiciones de origen antiguo que habían sido más o menos intervenidas (y transformadas) por la religión oficial del Estado⁴.

Para facilitar la concepción de las madres, las comadronas (mejor provistas de recetas supersticiosas que de conocimientos médicos) ‘prescribían’ una serie de drogas a las parturientes, cuya utilización no dejaba de entrañar cierto peligro para éstas. Por otra parte, el ‘procedimiento’ se llevaba a cabo mediante la utilización de un conjunto de ‘prácticas mágicas’ (en las que se apelaba a la intervención de seres sobrehumanos) que, en ‘teoría’, debían facilitar la labor de parto de la madre. No sería la única vez en su vida en que aquel ‘ser’ – el niño que nacía – se vería enfrentado a ‘ritos’ espirituales, pero alejados de la religión oficial. También en muchas otras oportunidades, la ‘memoria’ seguirá siendo muchísimo más fuerte que cualquier ley. Sin embargo, el paso inmediatamente posterior en el transitar de la vida de un recién nacido, supondría su inexorable encuentro con el Dios de sus padres.

Cuando mucho una semana después de su nacimiento, la tradición y las leyes imponían que el neonato debía ser bautizado. Aunque eso sí, aquel sacramento sólo luego del siglo VI adquiriría el carácter de obligatorio. Éste se llevaba a cabo mediante la fórmula de ‘triple inmersión’, pero, también desde el siglo VI, se comenzaría a utilizar también el método de bautismo por ‘aspersión’. Durante la ceremonia, el sacerdote debía imponer al niño el nombre que elegía el padrino, el que muchas veces correspondía con la denominación de un santo o de alguna fiesta. Pero asimismo «con frecuencia, en la elección de nombres, se mezclaban prácticas supersticiosas y se recurría a cirios encendidos en los que se inscribían nombres: el último que se apagaba daba la respuesta del

³ Louis Bréhier, *La Civilización Bizantina*, vol. 50 de la colección ‘La evolución de la humanidad: síntesis colectiva’ dirigida por Henri Berr, México D.F., UTEHA, 1956, pág. 10.

⁴ *Ídem*.

oráculo»⁵. Se creía que el nombre influiría en el – ahora – pequeño toda su vida, por lo que no era algo que pudiera ser tomado con ligereza.

La educación de los niños de ambos sexos se llevaba a cabo en el gineceo (en el caso de los varones durante los primeros años de su vida nada más), y era impartida generalmente por sus propias madres. La educación de las mujeres, no obstante, era frecuentemente descuidada, y casi siempre inferior a la de los hombres; si bien su aislamiento derivaría en que hablaran un griego mucho más puro que el de los hombres (por no mantener contacto con influencias externas al mundo bizantino, muy comunes en una sociedad cuyo mundo urbano era altamente cosmopolita⁶). Es precisamente en este contexto en el cual los infantes realizaban sus primeros encuentros ‘plenamente conscientes’ esta vez, con la religión cristiana.

Con respecto a la educación, Norman H. Baynes ha desestimado la idea de que el Cristianismo haya podido constituirse como un elemento ‘retrógrado’, señalando que:

«El hecho de que el cristianismo se convirtiera en la religión del Imperio no implica cambios trascendentales ningunos en el sistema de la educación. Los monjes y los sencillos sacerdotes es posible que consideraran el saber antiguo como un cepo del diablo, pero los jefes de la Iglesia cristiana no encontraron ninguna razón que les hiciera romper con la cultura pagana de su tiempo [...]»⁷.

Sin lugar a dudas aquello posibilitaría que los textos clásicos griegos ocuparan el primer sitial entre las obras en base a las cuales eran educados los (futuros) ciudadanos del Imperio.

La juventud de los hombres y mujeres tampoco podía transcurrir alejada de las creencias que inundaban al resto de la sociedad de la que eran parte. Y, llegado el momento, dentro del mismo marco de espiritualidad, se procedería a la formación de una familia. El origen legal de la misma, estaba constituido por el matrimonio⁸, al que el Cristianismo transformó finalmente en sacramento. Si bien la ley civil bizantina reconocía originalmente el derecho al ‘divorcio’, aquella práctica entraba en conflicto con el derecho eclesiástico (que no lo consentía), el cual finalmente acabaría por imponerse. Y no sólo eso, pues la misma bendición del sacerdote adquiriría un carácter legal, por lo que la ruptura (del matrimonio) ‘injustificada’ de una de las partes era castigada tanto con multas o indemnizaciones, así como con penas espirituales.

⁵ *Ibid.*, pág. 11.

⁶ *Ibid.*, pág. 9.

⁷ Norman H. Baynes, *El imperio bizantino*, México D.F., F.C.E., 1957, pág. 121.

⁸ El cual podríamos definir como la unión entre dos personas (un hombre y una mujer, por lo general) concertada mediante determinados ritos o formalidades legales; asociación que en el Imperio Bizantino se realizaba bajo una modalidad verbal o notarial.

«Las bodas – dice Louis Bréhier – se disponían sin que los interesados lo supieran o sin pedirles parecer para ello, pues estaban obligados a someterse a la voluntad de los padres [...]»⁹. Cabe consignar que en el acto mismo del matrimonio subyacían antiguas tradiciones – ritos en este caso – que, a pesar de la introducción de una nueva ceremonia (la católica), habían logrado la supervivencia. Por ejemplo, una de las ceremonias más importantes era el adorno de la cámara nupcial que se realizaba en la víspera de la boda; lo que no puede ser interpretado – a juicio de quien escribe – sino como un rito que buscaba asegurar la ‘fertilidad’ en la pareja que se unía.

«El matrimonio temprano se concebía para los jóvenes de ambos sexos como una suerte de rompeolas. Protegía al cristiano de los mares picados de la promiscuidad adolescente»¹⁰. Dentro del matrimonio, la influencia de las normas religiosas se haría sentir con fuerza hasta en los ámbitos más íntimos de las parejas. Inclusive el comportamiento sexual de los esposos se veía restringido por tradiciones y reglamentos eclesiásticos.

«Pero se referían en gran medida al cuándo o al cómo había de realizarse el acto. La exigencia, respaldada por su antigüedad, de evitar a las mujeres durante el embarazo, se reforzó con la obligación de observar abstinencia durante los ayunos y fiestas de la Iglesia. No obstante, fuera de estos momentos, la experiencia misma del acto sexual en parejas casadas se daba completamente por sentada»¹¹.

Estas prácticas – señala Évelyne Patlagean – se mantuvieron en el contexto del cambio de milenio, en el cual «la Iglesia prescribía a los esposos temporadas de abstinencia, en particular durante la cuaresma, así como los sábados y domingos: no podemos saber si eran respetados, por más que fuesen condición para el acceso a la eucaristía»¹².

Y aún cuando este vínculo – el matrimonio – caducara por el deceso de alguno de los esposos, las leyes eclesiásticas no menguaban en su ‘supervisión’ sobre las almas de los feligreses, siempre tan ‘propensas’ al desvío de los principios y valores predicados por Jesús Cristo, desde la perspectiva eclesiástica claro está. «La Iglesia prohibía las terceras nupcias con el apoyo del legislador, y ni siquiera el segundo matrimonio contaba con su aprobación. Los documentos señalan a las viudas como jefes de familia en los registros fiscales de las aldeas, como administradoras de los bienes de la comunidad en los testamentos, como responsables concretas, según se ha visto, del

⁹ Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 5.

¹⁰ Peter Brown, “La Antigüedad tardía”, en Phillippe Ariès y George Duby (Bajo la dirección de), *Historia de la vida privada*, tomo 1: ‘Del Imperio romano al año mil’, Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 290.

¹¹ *Ibid.*, pág. 291.

¹² Évelyne Patlagean, “Bizancio siglos X-XI”, en Phillippe Ariès y George Duby (Bajo la dirección de), *Historia de la vida privada*, tomo 1: ‘Del Imperio romano al año mil’, Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 562.

matrimonio de sus hijos y nietos»¹³. Curiosamente, desde este punto de vista, las reducidas ‘cuotas de poder’ con que contaban las mujeres dentro del matrimonio se veían largamente aumentadas ante el advenimiento de la viudez. Una extraña forma de compensación, aunque muy probablemente nada más que casual.

Como se puede suponer, la subordinación de la esposa en el Imperio no difiere de las concepciones y prácticas occidentales de la misma época, pero lo que separa ambas civilizaciones es la reclusión de las mujeres romanas (orientales) en el gineceo, a veces gracias a la guardia de los eunucos, situación que provenía de la tradición griega. La casa era el lugar ordinario de las actividades femeninas, las que sólo rara vez salían de ella. Sorprende, por este motivo, la actitud de amplia libertad de las emperatrices y princesas de la dinastía en todas las épocas, como la de la emperatriz Teodora. Bréhier apunta que la misma opinión del pueblo era desfavorable hacia la mujer, a lo que se sumaban los chistes y los proverbios populares, y un ‘maltrato’ por parte de la literatura¹⁴. Sin embargo, esta idea ha de necesitar ser matizada.

Según el mencionado historiador, fue por la influencia del propio Cristianismo que la situación social de la mujer fue especialmente elevada, gracias a que desde Justiniano a los Comnenos, las leyes aseguraron una eficaz protección al prohibir las uniones temporales, reducir el número de los divorcios y honrar el matrimonio¹⁵. Esta conservadora idea, sin embargo, no deja de ser bastante cuestionable, pues aún ese supuesto margen de autonomía queda reducido específicamente a las mujeres que se encontraban dentro de un matrimonio. Bien podemos preguntarnos si había verdaderas instancias de libertad para las mujeres dentro de la sociedad bizantina, que no necesitase de un vínculo con un hombre (en el caso de aquellas que se encontraban en situación de viudez, el goce de mayor libertad también era una instancia mediatizada por el matrimonio). Como sea, y volviendo a nuestro tema, se puede también señalar que:

«[...] las primeras comunidades cristianas confirieron una cierta dignidad a la mujer dentro de los límites que una sociedad fuertemente patriarcal lo permite. Y aún ahí, la Iglesia jugó un rol trascendente. En el siglo III y IV, cuando aquella se consolida como poder fáctico, se les da cabida a las mujeres, siempre y cuando no pretendan puestos dirigentes y se mantengan dentro de la disciplina marcada por los obispos, que son la fuerza en alza de la sociedad eclesiástica»¹⁶.

¹³ *Ibid.*, pág. 585.

¹⁴ Louis Bréhier, *op. cit.*, págs. 7 y 8

¹⁵ *Ibid.*, pág. 6.

¹⁶ Mercedes López S., “La Iglesia y las mujeres (siglo I-IV)”, en *Erytheia*, nº 16, 1995, pág. 26, versión *online*, http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/erytheia/numero_16_1995/la_iglesia_y_las_mujeres_siglos_i_iv, última revisión: 12-10-2008.

El hecho era que el matrimonio implicaba la igualdad de condiciones y no la de poderes. «La mujer – dice el emperador León VI (soberano entre los años 886 a 912) –, ha de recordar que fue creada de una costilla de Adán y que no debe ser para el hombre sino una aliada, una ayuda. Es él el miembro principal, “la cabeza del cuerpo único”, constituido por el matrimonio»¹⁷.

El quehacer diario no transcurría separado de la fe. Y es esta una afirmación que no pierde validez en el contexto de ninguna de las clases que integraban la sociedad bizantina. Los estratos sociales más altos, contaban con lujosas residencias urbanas (verdaderos palacios de tipo oriental, algunas de aquellas), y muchas de las casas de la ‘alta burguesía’, poseían sus propias capillas. Por otra parte, la religiosidad de estos habitantes también se manifestaba – de manera ‘material’ – en el hecho de poseer múltiples representaciones de la cruz a través de las residencias (incluso fue necesario que los concilios prohibieran que éstas se colocasen en el piso). Y en lo que guarda relación con el mundo rural, una de las formas en que los grandes poseedores de tierras podían hacer ostentación de su poderío material, era por medio del establecimiento de iglesias en sus propiedades¹⁸. Las casas de las clases pobres, demasiado pequeñas y desposeídas económicamente como para contar con su propia capilla, enmendaban este hecho mediante la colocación de pequeños altares u oratorios (que eran denominados *iconostase*), en los cuales se podían ver las imágenes de los santos (las cuales eran elaboradas en una escala considerable por artesanos dedicados especialmente a aquello), acompañadas de velas. Curiosamente, la luz de las habitaciones era provista por lámparas de aceite, cirios o velas, las que generalmente llevaban inscripciones como ‘La luz de Cristo brille para todos’¹⁹.

Fenómeno similar en el caso de las comidas. La costumbre señalaba que éstas se realizasen tres veces al día. La primera de ellas era un desayuno matinal, luego se llevaba a cabo una comida al mediodía y finalmente una cena hacía el término de la jornada. Sentados en sillas o bancos, los comensales recitaban antes que todo una oración. Se trataba del *Benedicite*, proveniente del ‘Libro de Daniel’, el cual comenzaba con la frase: ‘Creaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos’. En uno de los más sagrados días del cristianismo, la Natividad del Señor, el emperador mismo por su parte, no escatimaba esfuerzos por realizar la más fastuosa cena de celebración posible; paradójicamente contrastando de forma absoluta con el hecho

¹⁷ León VI, citado en: Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 7, comillas en el original.

¹⁸ Nikos Oikonomides, “The social structure of the byzantine countryside in the first half of the Xth century”, en *Symmeikta*, n° 10, 1996, págs. 122 y 123, consultado *online*, en <http://www.byzsym.org/index.php/bz/article/view/808/705>, última revisión: 25-08-2009,

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 26.

de que se festejase el natalicio de alguien que había nacido en un humilde pesebre. Así lo relata el historiador y obispo lombardo, Liutprando de Cremona, quien visitara la capital bizantina en el siglo X, realizando una impresionante descripción de la celebración de la Navidad por parte de la corte imperial:

«Hay allí una casa junto al hipódromo orientada al norte, de maravillosa altura y belleza, que se llama *Dekaenneakubita*, nombre que ha tomado no de la realidad, sino por causas aparentes; *deka* en griego equivale a diez en latín, *ennéa* es nueve, *kubita* se refiere a las cosas inclinadas o curvadas, viene del verbo *cubare*. Y es, por tanto, porque en la navidad según la carne de Nuestro Señor Jesucristo [el 25 de diciembre] se preparan diecinueve mesas. En ellas cenan el emperador, los paramentos y los invitados, pero no sentados como en los otros días, sino recostados; en aquellos días se sirve no en vajillas de plata, sino sólo en las de oro. Después de la comida fueron traídos los pomos en tres vasos de oro que, por su enorme peso, no son portados por manos humanas, sino en vehículos cubiertos de púrpura. Dos son colocados sobre la mesa de este modo. A través de unos orificios abiertos en el techo, tres cuerdas cubiertas con pieles doradas son intercaladas con anillos de oro que, puestos en las asas que sobresalen de los vasos, con la ayuda de tres, cuatro o más hombres, son levantados sobre la mesa por medio de un *ergalion* giratorio, que está sobre el techo, y del mismo modo son retirados»²⁰.

Por otra parte, la religión (oficial) también se haría presente – por no decir que la Iglesia se inmiscuiría – en otros ámbitos de la vida de los habitantes del Imperio, incluso en algunos que podrían parecernos de lo más inocuos. Se han encontrado pruebas de la existencia de vestimentas – túnicas específicamente – en las cuales estaban bordadas escenas de las Escrituras, e incluso todo el ciclo de la vida de Jesús Cristo²¹. De la misma manera, los poderes eclesiásticos fueron celosos al intervenir con respecto a la forma en que los hombres usaban el cabello. Según señala Louis Bréhier, «la voz de los concilios se elevó contra los hombres que llevaban sus cabellos en trenza como mujeres o con bucles (obtenidos por medio de rizadoros) que les caían hasta la cintura»²². Para aquello, la Iglesia contaría con el respaldo del Estado.

Otra dimensión en la cual los hombres apelaron a seres sobrenaturales para que interviniesen en sus vidas, fue en la búsqueda de cura a sus enfermedades. El padecimiento de aquéllas ha estado inexorablemente ligado al devenir humano, sobre todo en épocas en donde el desarrollo de la ciencia médica era, cuando menos, precario. En el Imperio Bizantino los médicos no eran escasos (ni tampoco su actividad se encontraba de ningún modo proscrita por los poderes eclesiásticos), pero

²⁰ Héctor Herrera y J. Marín, *EL IMPERIO BIZANTINO. Introducción Histórica y Selección de Documentos*, Cuadernos Byzantion Nea Hellás – Serie Byzantiní Istoría I, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos "Fotios Malleros" de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 1998, pág. 64. Originalmente en: Liutprando de Cremona, *Antapodosis*, Libro VI, 8, en: *Liutprando di Cremona, Italia e Bisanzio alle soglie dell'anno mille*, ed. a cura di M. Oldoni e P. Ariatta, Europía, 1987, Novara, pp. 195. Trad. del italiano por Paola Corti B.

²¹ Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 28.

²² *Ibid.*, pág. 32.

cuando aquéllos no acertaban en sus diagnósticos, los bizantinos recurrían – como el siguiente paso lógico en las búsquedas de su sanación – a los santos. E incluso más de alguna vez prefirieron a éstos por sobre aquéllos. Uno de los ejemplos, según Norman Baynes, «[...] más interesantes de esta práctica lo encontramos en los milagros que en el siglo VII hizo Artemio (martirizado en el siglo IV), santo especializado en todas las enfermedades de los órganos genitales, y cuyo sentido de la delicadeza le impedía tratar directamente a las mujeres enfermas. Actuaba en esos casos a través de su ayudanta, Santa Febronia, una dama que, como él, había abandonado esta vida varios siglos antes»²³. Lamentablemente, la obra de Baynes, escrita en 1925, no señala claramente qué tipo de afecciones son las que estos santos hacían desaparecer. ¿Era la *impotencia erigendi* en el caso de los hombres? Muy importante, más allá de lo evidente, pues esa afección constituía una de las causales de divorcio en el Imperio. ¿O también se trataban de E.T.S. (Enfermedades de Transmisión Sexual)? Más allá de este tipo de consideraciones, la tradición ordenaba que los interesados en este tipo de sanaciones fuesen hasta la iglesia de San Juan Bautista – lugar en donde permanecía sepultado Artemio – y que se tendieran junto al sepulcro del santo sobre un colchón. Si el santo deseaba sanar realmente al enfermo, entonces se le aparecería en una visión durante el sueño, y al despertar la afección habría desaparecido.

Junto con la sanación física, la cura a los padecimientos del alma era un objetivo primordial, para el que también se apelaba a existencias sobrenaturales para lograrlo. En este sentido, las grandes expresiones religiosas que se realizaban de forma pública permitían, por un lado, un acercamiento a Dios, así como una catarsis producida por la gran animación que suscitaban. El casi infinito mar humano que se daba cita en ellas, no se dedicaba a contemplar pasivamente lo que acontecía, sino que repetía a coro – uno de decenas de miles de voces – las pías oraciones. Cuando se trataba de una importante procesión religiosa, o de la entrada triunfante en la ciudad, la afluencia aumentaba y se podía considerar que la ciudad toda se encontraba de fiesta.

En el campo militar, por su parte, los «[...] ejércitos imperiales luchaban bajo el monograma de Cristo y los íconos de María: cabía esperar la ayuda de lo sobrenatural si de lo que se trataba era de la defensa del Imperio como sociedad cristiana»²⁴. Además, era frecuente que antes de los embates a sus enemigos (la mayoría de las veces pueblos que no practicaban la religión cristiana), las tropas se encomendaran a viva voz a algún santo o a la Virgen (la mayoría de las veces por

²³ Norman H. Baynes, *op. cit.*, pág. 21.

²⁴ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 14.

iniciativa de sus propios generales), o bien, que se confiara en la protección y/o ayuda que proveería alguna reliquia determinada.

Cabe destacar, por otra parte, que las altas esferas del poder político también tuvieron una importante influencia del mundo espiritual, y que su actuar no solamente fue determinado por terrenas consideraciones. La ‘teoría imperial’ de Bizancio tuvo al componente religioso como uno de sus principales elementos. Según señala Franz George Maier, «el Imperio y la soberanía del emperador estaban considerados como finalidad de un plan divino en este mundo. En el Imperio cristiano, como parte necesaria de la historia escatológica, el Imperio romano y el pueblo de Dios se habían convertido en una *sola* continuidad»²⁵. Por su parte, Rolando Castillo indica que:

«[...] podríamos afirmar que el hombre bizantino acepta que el Imperio es en la tierra lo que el Reino de Cristo es en el Cielo, con lo que se descarta cualquier caída o derrota a manos de los infieles o bárbaros; era normal que las "ocasionales batallas perdidas" fueran consideradas castigos de Dios por los pecados cometidos, dando paso a una de las aficiones más importantes del pueblo en general: los debates teológicos»²⁶.

En este sentido, al Estado bizantino no sólo le estaba encomendada una labor política útil en el contexto de la vida terrena. En otras palabras, «el Estado no pretendía afirmar tan sólo su soberanía; su tarea era, al mismo tiempo, proteger y propagar la verdadera fe»²⁷. En cierto sentido, la estrecha relación entre la política y la fe – y al mismo tiempo entre el Estado y la Iglesia – no dejaría de crear dificultades. «La especial problemática planteada en Bizancio entre religión y sociedad radicaba en que este mundo histórico no conoció ni ideal ni realmente la separación, tan familiar para nosotros, entre el campo espiritual y el terrenal»²⁸.

Y más aún, partiendo de una noción en la que se entendía al soberano bizantino como un ‘instrumento de Dios’, a éste le estaba encomendada la conservación de un orden social justo²⁹. Claro está, en la práctica aquello no sería una de las características del Imperio, y las diferencias entre las clases ricas y las más pobres – aún dentro de los lindes de una misma ciudad, Bizancio, por ejemplo – eran abismantes. De esta manera, el lujo de las clases altas, de la nobleza cortesana y de sangre, con palacios urbanos y residencias veraniegas que, lo mismo que sus vestidos y joyas, rivalizaban en fastuosidad (con pavimentos de mármol, mosaicos, pinturas murales, etc.) con los

²⁵ *Ídem*, cursivas en el original.

²⁶ Rolando Castillo, “El ciudadano de Bizancio”, versión *online*, http://www.imperiobizantino.com/hombre_bizantino.html, última revisión 11-12-2008.

²⁷ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 14.

²⁸ *Ibid.*, pág. 26.

²⁹ *Ibid.*, pág. 14.

palacios imperiales; distaba enormemente de la miseria en la que transcurrían los días de la gran parte de los habitantes de las ciudades. Junto a «[...] esta opulencia, anotan los viajeros del siglo XII, los barrios sórdidos y miserables, las callejuelas angostas y oscuras en las que no se veía ni aún en pleno día y donde eran frecuentes los robos y los asesinatos, es decir, los zaquizamíes [tugurios] a dos pasos de los palacios; allí eran desconocidos los servicios municipales de limpieza, y [el viajero español] Benjamín de Tudela vio a los curtidores arrojar a la calle el agua que servía para preparar las pieles»³⁰. «Las condiciones de vida de la clase inferior urbana eran vejatorias, y ni los asilos ni los hospitales religiosos, ni la donación oficial de pan lograron paliar tal situación. Las viviendas [de las clases pobres de las ciudades] eran a menudo construcciones primitivas de ladrillo, las calles estrechas, oscuras y llenas de basura. No eran insólitos los incendios y las epidemias»³¹. Lo mismo puede acotarse sobre las condiciones materiales de la vida de las clases desposeídas en el campo, en donde las jornadas se sucedían en miserables habitaciones, a lo que se sumaban las penurias propias de la vida campesina (incluyendo el desamparo ante las invasiones, más o menos frecuentes de acuerdo a las distintas épocas).

Al respecto se debe hacer un alcance que permita entender el especial sitio que ocupaban los desposeídos en la configuración del pensamiento cristiano dentro del Imperio Bizantino. Los mismos pobres bizantinos poseían «[...] un lugar destacado; serán el medio por el que se reparan los pecados de los más afortunados miembros de la comunidad cristiana. Pues las limosnas a los pobres forman parte esencial, tanto de la prolongada expiación de los penitentes como de la remisión moral necesaria para los pecados menores o ‘veniales’ – verbigracia, los pensamientos ociosos e impuros, o la autoindulgencia – que no exigían penitencia pública»³². De este modo, la caridad con aquéllos que casi no mantenían posesión material alguna en este mundo, se concebía más como un medio que una finalidad; entendiéndola a modo de un ejercicio que al ser llevado a cabo permitiría la reparación de aquellos pecados que se consideraban más leves; una buena acción que – a ojos del Dios omnisciente y todopoderoso – inclinaría la balanza hacia la ‘salvación’ de las almas; se trataba en definitiva, de una cómoda y accesible indulgencia. En este sentido, se podría señalar que la población pobre poseía algo así como una ‘utilidad social’, en el marco del camino a la redención del resto de la población del Imperio. Siendo más incisivos en el análisis, debiéramos señalar el

³⁰ Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 63.

³¹ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 42. Véase además: Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 63.

³² Peter Brown, “La Antigüedad tardía”, en Phillippe Ariès y George Duby (Bajo la dirección de), *Historia de la vida privada*, tomo 1: ‘Del Imperio romano al año mil’, Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 267.

hecho que se develará inexorablemente al apreciar este fenómeno de búsqueda de remisión espiritual, a saber, que esta acción caritativa lejos de tener como meta el bien del prójimo, se pone como ‘egoísta objetivo’ (entendiendo el concepto como una finalidad centrada en nosotros mismos, y sin otorgar una connotación necesariamente negativa al término ‘egoísta’) la propia redención y vida eterna; desplazando, cuando mucho a un plano secundario, la ayuda a aquéllos que poseían poco más que su propia existencia (e incluso, bien podía darse el caso de que ni esta misma les perteneciera). Así, el verdadero beneficiario de la caridad, no era más que el propio ejecutor de la misma, pues es evidente que aquella se valoraba más como medio que a modo de finalidad. Claro está que, desde este punto de vista, cualquier exigencia de la justicia social cuya aplicación le estaba encomendada al soberano, no tenía ninguna posibilidad de materializarse. De hecho, bien podía poner en riesgo la salvación del resto de la ‘comunidad cristiana’. Pero por otra parte, la condición de pobre posee una carga religiosa distinta, pues «simboliza la situación del pecador, que se encuentra en perpetua necesidad del perdón de Dios»³³.

Por su parte, el ‘poder político’ (entendido aquí como la capacidad de intervenir, persuasiva o disuasivamente, en las más importantes decisiones imperiales) desplegado por los miembros regulares de la religión oficial (la Católica), fue considerable. El español Alejandro Masoliver, en un estudio sobre monasterios cristianos de los siglos XIX y XX, compara este potencial de influencia con la que ejercían las órdenes de jesuitas, carmelitas o capuchinos en el reinado de Luís XIII de Francia³⁴, señalando sobre los religiosos bizantinos que:

«[...] el hecho de que los monjes se concentrasen en las ciudades, hizo que muy pronto asumiesen un papel de importancia única y en ocasiones decisiva (pensemos particularmente en la lucha de las imágenes contra los emperadores isáuricos, iconoclastas, del siglo VIII) en las discusiones teológicas, en los acontecimientos políticos, así como en los problemas éticos y piadosos de toda clase. Ese “intervencionismo” [...] hace que los monjes dirigiesen la vida devota del país, como confesores y directores espirituales»³⁵.

De este ‘poder secular’ de los representantes de la religión oficial se derivaría que la vida pública religiosa estuviese reglamentada tanto por leyes eclesiásticas como civiles, además de costumbres que eran transversales a la totalidad de la sociedad. El faltar a misa tres domingos consecutivos, por ejemplo, acarrearía la pena de excomunión para los laicos y la deposición para los

³³ *Ibid.*, pág. 268.

³⁴ Quien gobernara entre 1610 y 1643.

³⁵ Alejandro Masoliver, *Historia del Monacato cristiano*, vol. III ‘Siglos XIX y XX’, Madrid, Ediciones Encuentro, 1994, pág. 70, comillas en el original.

clérigos. La veneración de reliquias también era un importante elemento de la vida del Imperio, siendo con holgura las más veneradas las reliquias mismas de Jesús Cristo, y en especial, la ‘Vera Cruz’, que fue llevada desde Jerusalén hasta Constantinopla ante la invasión árabe. En general, las reliquias eran consideradas como un ‘escudo’ de la ciudad, y cuando ésta se hallaba en peligro o sitiada, aquéllas eran conducidas tras la murallas de la capital. El culto a los santos es otro de los elementos a considerar, a los que se le pedían gracias espirituales y temporales (como la sanación a la que antes nos hemos referido), tal como en nuestro días. «La fe – señala Franz Maier – era, tanto para el individuo como para la comunidad, el camino indiscutible para solucionar los problemas de existencia [...]»³⁶, y toda la población participó en las grandes luchas dogmáticas. Así, se puede afirmar que no sólo en las actividades diarias que se realizaban en el círculo más íntimo de las familias había una evidente manifestación de espiritualidad, sino también en aquellas que se llevaban a efecto fuera del marco del hogar.

Si bien prácticas como la veneración de los santos no eran condenadas, su ejercicio frecuentemente conllevaba una desviación – o por lo menos el peligro de ésta – que se explica por la supervivencia de antiguas prácticas provenientes del paganismo, que el Cristianismo no había logrado exterminar.

Es por eso que se puede aseverar que existe un lado de la vida espiritual en el Imperio Bizantino que no es público, el que no fue exterminado a pesar de la vehemente oposición de los jerarcas eclesiásticos y de los concilios ante muchas de sus manifestaciones (mas no todas, pues algunas de éstas, como ya hemos visto, acabaron de ser simplemente ‘toleradas’ por la Iglesia). Entre aquellas prácticas se pueden señalar ‘la magia y la brujería’ (proveniente de la religión dualista de Persia, que permitía la invocación de demonios que se utilizaban preferentemente para la ‘venganza’); las creencias populares en los ‘seres malhechores’ que intervenían constantemente en la vida de los hombres, como ‘Gello’, un demonio hembra que raptaba a los niños y chupaba su sangre, además de brujas; la utilización de ritos de hechicería, que frecuentemente se traducían en la utilización de tablillas mágicas de plomo destinadas a causar daño a un enemigo o a un rival, y obligar a las potencias sobrenaturales a causar daño sobre ellos; la utilización de amuletos para protegerse de los maleficios (incluyendo, por supuesto, los que se llevaban para protegerse del ‘mal de ojo’); la astrología (práctica que estaba reservada a las grandes fortunas del Imperio, incluido el emperador, pues consultar a un astrólogo resultaba bastante oneroso); y finalmente los oráculos y

³⁶ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 24.

videntes, los que utilizaban múltiples medios para conocer el porvenir, los dados, los granos de trigo, la observación de las cenizas, el aspecto de los íconos, la interpretación de los sueños, etc.³⁷

Con respecto a la utilización de tablillas mágicas de plomo, era esta una tradición que se encontraba bastante extendida entre los aurigas del hipódromo, los que las utilizaban porque pensaban que les serían de ayuda para vencer a sus contrincantes. Incluso, para evitar que éstos no se valieran de aquéllas, «antes de las carreras se registraba a los aurigas para comprobar que no llevaban escondidas algunas mascotas mágicas que les pudieran asegurar indebidamente la victoria. Así se escribía con frecuencia en pequeñas tablillas de plomo – de las que aún se conservan grandes cantidades – anatemas y maldiciones enderezadas contra los odiados rivales»³⁸. Una de las formas más frecuentes de uso, era introduciendo sigilosamente una de estas tablillas entre las ropas de los contrarios.

De aquí se puede obtener una importante conclusión. El hecho de que se registrara a los aurigas antes de las carreras para impedir el uso de aquellos objetos, es precisamente una prueba de que no se dudaba de que éstas poseían verdaderos poderes. Es decir, lejos de ser prohibidas por constituir elementos supersticiosos, su uso estaba vedado debido a que atentaban contra un principio de competencia justa y limpia. Bréhier señala que «no dejaron nunca los emperadores romanos y bizantinos de perseguir a los autores de estos sortilegios, y el gran número de leyes, así como de actas de concilios dirigidas contra ellos, demuestra suficientemente su ineficacia»³⁹. Cabe señalar, por otra parte, que en esas tablillas, se mezclaban una serie de deidades no-cristianas (incluyendo dioses egipcios) y seres mágicos como ángeles y arcángeles. Era, sin lugar a dudas, el fruto de una sociedad que se levantaba sobre pilares cosmopolitas. Aquello, no sólo por el hecho de que la ciudad de Bizancio correspondiese a una refundación romana de una antigua colonia griega, y que siempre el Imperio reconociera esta doble filiación; sino además porque su privilegiada posición (desde la que se podía controlar la navegación, y en cierta medida, el paso terrestre a Europa oriental, los Balcanes y a zonas de África y Asia), la convirtió en tierra fértil para el establecimiento de personas venidas de todas partes del mundo conocido, buscando en la ciudad una base de operaciones que les entregase una importante ventaja en la actividad que principalmente desarrollaban: el comercio.

Si hasta aquí hemos visto cómo la espiritualidad estuvo presente en la mayoría de las dimensiones del devenir cotidiano de los hombres del Imperio Bizantino, también debía estarlo en el

³⁷ Véase: Louis Bréhier, *op. cit.*, págs. 201 a 212.

³⁸ Norman H. Baynes, *op. cit.*, pág. 25.

³⁹ Louis Bréhier, *op. cit.*, pág. 202.

único acontecimiento que se tiene por seguro en la vida: la muerte. Con respecto a aquella, no sólo el Cristianismo ocupaba un rol importante, pues en lo que guarda relación con las costumbres funerarias, es posible afirmar que éstas eran observadas fielmente por todas las clases sociales, manteniendo un sello propio de la antigüedad pagana. Un ejemplo de aquello estaba constituido por la costumbre de las ‘plañideras a sueldo’, que correspondían a mujeres que eran pagadas precisamente para que llorasen en los entierros. Otras de las costumbres de origen antiguo, y que la Iglesia se había visto obligada finalmente a ‘tolerar’, era la realización de reuniones de parientes y amigos del difunto en torno de su tumba en determinados días, para reanudar los lamentos y aportarle ofrendas, a veces incluso ‘pasteles’, así como la inmolación de toros y carneros en las tumbas⁴⁰.

En cuanto a lo que guarda relación con el luto, el emperador llevaba a éste en blanco y los súbditos en negro, y oficialmente aquél se extendía por 40 días, no obstante de que los particulares lo abandonaban generalmente al noveno día. También había manifestaciones con las que, bien se podría considerar, principalmente se buscaba hacer demostraciones ostentosas del luto. En esta categoría encontramos el cortarse los cabellos, sentarse en el suelo o desgarrarse los vestidos.

Por último, cabe señalar que si bien la ley romana prohibía las inhumaciones dentro de las ciudades, bajo el reinado de León VI, éstas fueron permitidas, principalmente porque el deseo de ‘descansar’ junto a los cuerpos de los santos había hecho aumentar el número de cementerios en los alrededores de las iglesias.

⁴⁰ *Ibíd.*, págs. 12 y 13.

EPÍLOGO

Por medio de las páginas anteriores ha sido posible conocer cómo fue que la religión ortodoxa en el Imperio Bizantino – además de constituirse como un importante elemento unificador dentro de la diversidad de pueblos en el Imperio, y que la Iglesia, por otra parte, se haya convertido en una institución portadora de poder social junto con el emperador, el ejército y la administración⁴¹ – contribuyó a moldear muchas de las características de la sociedad del mismo. Sin embargo, aquello no constituyó más que una parte de la espiritualidad que manifestaron los hombres y mujeres cuya vida transcurrió en aquel Imperio. Pues una serie de tradiciones, costumbres y ritos de cuño pagano, griego, africano y asiático, y de orígenes inmemoriales, jugaron un importante rol – con o sin la autorización o aceptación de los altos poderes eclesiásticos – en la espiritualidad de la población, la que incluso los situó en un nivel similar al de la religión del Estado.

En este sentido, se debe aceptar que la misma sociedad acabó por dar forma a algunas de las manifestaciones religiosas (o espirituales), muchas de las cuales (mas no todas, pues las vehementes persecuciones en contra de sus cultores se dejaron sentir siempre en los más de mil años de devenir imperial) – sin haber estado desde un principio en el ‘canon oficial’ – terminaron por ser, si no integradas, ‘toleradas’ y ‘permitidas’. Incluso aquéllas que fueron perseguidas, como vimos en el caso del uso de tablillas de plomo, lejos de ser desestimadas por inútiles, fueron proscritas precisamente por lo contrario, porque no se dudaba de su efectividad. Más allá de que resultasen invocaciones a seres sobrenaturales que nada tenían que ver con la religión oficial.

En términos generales, es posible señalar que el mundo bizantino fue ‘informado’ por las creencias religiosas. No cabe duda, en este mismo sentido, que el Cristianismo, a pesar de que no pudo acabar de manera completa ni satisfactoria con su ‘competencia’ (acaparando el espectro completo de la religiosidad), constituyó uno de los elementos que más influencia ejercieron sobre la vida cotidiana de los habitantes del Imperio. Al respecto, Norman H. Baynes ha señalado que:

«Los bizantinos vivieron en un mundo en el que lo sobrenatural era omnipresente y todopoderoso. Sus días festivos fueron fiestas religiosas; sus representaciones en el circo comenzaban con el canto de himnos litúrgicos; sus contratos comerciales llevaban como marca el signo de la Cruz o contenían una invocación de la Trinidad; sus oráculos eran transmitidos por ermitaños o a través de visiones concedidas por los santos muertos; su protección personal se encerraba en amuletos consagrados; el remedio más poderoso de su farmacopea fue el polvo que contenía una gota de sudor del cuerpo de un santo estilita; sus guerras eran

⁴¹ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 23.

cruzadas; su emperador, el *vice-gerente* de Dios, y cada acontecimiento alarmante en el campo de la naturaleza un presagio especial enviado para servir de advertencia o de estímulo»⁴².

Esta 'fe oficial' era necesaria, por supuesto, para lograr la vida más allá de esta existencia. «El camino para llegar a la trascendencia no es la deducción racional, el análisis dialéctico de la fe a través de una teología científica, sino la sumersión directa en la fe a través de una vida ascética y contemplativa»⁴³.

Fue «como resultado de esta visión del mundo [que] la ciencia se hizo sospechosa»⁴⁴. Ya hemos visto cómo se prefirió recurrir a los santos antes que a los médicos para encontrar cura a las enfermedades, de diversos tipos, de las que se adolecía. Pero da la impresión de que la medicina ('científica') no era rechazada por no ser de cuño cristiano, sino debido a que no constituía una manifestación espiritual. De otra forma no se explican las invocaciones mágicas durante los partos, o la protección con amuletos para evitar, por ejemplo, el 'mal de ojo'. Por otra parte, el ideal del hombre que se configuró en el Imperio también tuvo una dimensión cristiana. Así, uno de los héroes del mundo bizantino, junto con los aurigas (los más populares deportistas imperiales), eran precisamente los 'santos ascetas'.

Además, según asevera Norman H. Baynes, «la literatura bizantina hizo gala de su mayor originalidad en la teología, la poesía sagrada y la historia [...]»⁴⁵, y similar fenómeno aconteció en las distintas manifestaciones de arte que se desarrollaron en Bizancio, el que tuvo como uno de sus principales cultores precisamente a los monjes.

Por su parte, Franz George Maier ha dicho que «en pocas sociedades históricas se transluce como en ésta la fe en todos los aspectos de la vida, en pocas resulta tan estrecha la fusión de lo material y lo espiritual, tan extremas las diferencias»⁴⁶, y que «la fe es responsable de la originalidad y particularidad de la concepción del mundo y la actitud ante la vida de Bizancio; éstas deben considerarse únicamente desde el punto de vista teológico»⁴⁷. De nuestra parte, es posible sostener que esta fe no sólo operó en el sentido de la religión oficial. Los bizantinos siempre tuvieron también fe en aquellos seres que desde tiempos inmemoriales ayudaban a los hombres.

⁴² Norman H. Baynes, *op. cit.*, págs. 19 y 20, cursivas en el original.

⁴³ *Ibid.*, pág. 32.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 20.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 133.

⁴⁶ Franz George Maier (compilador), *op. cit.*, pág. 25.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 31.

Se puede señalar, en definitiva, que la vida de las mujeres y hombres del Imperio Bizantino transcurrió inexorablemente junto al Dios de la religión del Estado, pero también al lado de una serie de personajes sobrenaturales provenientes de la antigua tradición pagana romana, de la propia cultura griega, y de otras civilizaciones (como la egipcia y la persa) que encontraron cabida en el cosmopolita Imperio.

Sin duda, no fue por falta de esfuerzo que los poderes eclesiásticos no pudieron acabar con aquellas manifestaciones espirituales que no eran propiamente cristianas. La razón más evidente es que el Cristianismo no pudo simplemente barrer con toda la antigua cultura religiosa. Si sus santos se fundieron – y ‘confundieron’ – con las antiguas deidades, hubo otros campos en donde las tradiciones simplemente se manifestaron sin la necesidad de que existiese un proceso que las revistiera de un manto ‘cristiano’. Como hemos señalado antes, la ‘memoria’ fue en el Imperio muchísimo más fuerte que cualquier ley.

BIBLIOGRAFÍA

- Baynes, Norman H., *El imperio bizantino*, México D.F., F.C.E., 1957.
- Bréhier, Louis, *La Civilización Bizantina*, volumen 50 de la colección 'La evolución de la humanidad: síntesis colectiva' dirigida por Henri Berr, México D.F., UTEHA, 1956.
- Brown, Peter, "La Antigüedad tardía", en Phillippe Ariès y George Duby (Bajo la dirección de), *Historia de la vida privada*, tomo 1: 'Del Imperio romano al año mil', Buenos Aires, Taurus, 2005, págs. 228 a 299.
- Castillo, Rolando, "El ciudadano de Bizancio", consultado *online*, http://www.imperiobizantino.com/hombre_bizantino.html, última revisión 11-12-2008.
- Herrera, Héctor y J. Marín, *EL IMPERIO BIZANTINO. Introducción Histórica y Selección de Documentos*, Cuadernos Byzantion Nea Hellás – Serie Byzantiní Istoría I, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos "Fotios Malleros" de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 1998.
- López S., Mercedes, "La Iglesia y las mujeres (siglo I-IV)", en *Erytheia*, nº 16, 1995, págs. 7 a 28, consultado *online*, en http://interclassica.um.es/investigacion/hemeroteca/erytheia/numero_16_1995/la_iglesia_y_las_mujeres_siglos_i_v, última revisión: 12-10-2008.
- Maier, Franz George (compilador), *Bizancio*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1974.
- Masoliver, Alejandro, *Historia del Monacato cristiano*, vol. III 'Siglos XIX y XX', Madrid, Ediciones Encuentro, 1994.
- Oikonomides, Nikos, "The social structure of the byzantine countryside in the first half of the Xth century", en *Symmeikta*, nº 10, 1996, págs. 105 a 125, consultado *online*, en <http://www.byzsym.org/index.php/bz/article/view/808/705>, última revisión: 25-08-2009.
- Patlagean, Évelyne, "Bizancio siglos X-XI", en Phillippe Ariès y George Duby (Bajo la dirección de), *Historia de la vida privada*, tomo 1: 'Del Imperio romano al año mil', Buenos Aires, Taurus, 2005, págs. 540 a 618.